



## La catedral que no me vio renacer

por Julián Miranda

El que dijo que en peligro de muerte recorres tu vida en un soplo nunca estuvo en mi pellejo. Entre dos salientes de las almenas, a veinte metros del suelo, yo tenía mi cuerpo dividido. Una pierna al frente, otra en retaguardia, en medio el vacío, la inminencia del desplome. El único vínculo entre mis extremidades era mi tetánica respiración. Sí, tetánica, de tétanos, eso que te da cuando se hunde en tus carnes el óxido que el tiempo y las inclemencias deja en los metales pobres. Ya ves en lo que se me ocurría pensar.

Mis compañeros de aventura habían atravesado ya el pasadizo. Más decididos que yo, habían vencido a la gravedad insidiosa que se cernía entre las cinco piedras que unían el muro de la catedral fortificada con la almena de cinco saltos rápidos, decididos, salvadores. Yo, el rezagado, había plantado un pie, el derecho, sobre la primera piedra, y de zancada lenta y medida deposité el izquierdo en la segunda. Perfecto. Me hallaba equilibrado, el peso repartido, la sujeción asegurada. Como un coche atrapado en la grieta de un terremoto, el morro y las ruedas en tierra firme, el resto apuntando a las profundidades hambrientas del abismo. Sin poder avanzar ni retroceder. Así me quedé yo. Mi equilibrio estable no me permitía el impulso necesario para alcanzar el sostén siguiente. Peor era retroceder a ciegas. Podía quedarme allí, quieto, hasta que mis compañeros me echasen en falta y viniesen a buscarme. ¿Cuándo se darían cuenta? Lo probable es que al concluir la aventura, al traspasar la muralla y alcanzar las escaleras que les devolviesen al reino de los peatones, corriesen a casa, cada uno por su cuenta, para reducir la bronca paternal que les esperaba. Eran las dos de la madrugada. Nuestros padres estarían inquietos y enfadados. El mío también. En el transcurso de una hora, tal vez dos, cuando el miedo derribará la aprensión de resultar importuno, llamaría a casa de alguno de mis compinches y preguntaría por mí. Una hora, dos... Las piernas comenzaron a temblarme. ¿Y si mis amigos mintieran? Seguro que lo harían. ¿Quién le dice a un padre furibundo a las tantas de la madrugada que la razón de la tardanza es la de encaramarse a la atalaya de una catedral para afrontar un riesgo? Pasarían infinitas horas antes de que algún madrugador me descubriera al despuntar el alba.

No podía gritar, el miedo, la angustia, atenazaba mi garganta. Lo único que me estaba permitido era temblar y eso no iba a ayudarme, iba a precipitarme. ¿A quién se le había ocurrido semejante absurdo? A Jaime, esas cosas siempre se le ocurrían a Jaime. Maldita la ocurrencia, maldito Jaime, maldito yo por hacerle caso, por dejarme enrollar en



semejanza correría. “Los de La Cacharra lo han hecho, tíos. Vamos a quedar como unas nenas si no nos atrevemos”. ¿Y a mí qué, los de La Cacharra? Si ellos querían romperse la crisma estaban en su derecho. “Esta noche, a las once quedamos para hacerlo”, convino Tomás, la sombra de Jaime. Todos chocaron las manos. Yo también. ¿Cómo iba a negarme? La semana anterior no atravesé el río tras la tormenta porque tenía gripe, tres semanas antes no crucé la calle principal con el semáforo en rojo porque me había lesionado el tobillo en clase de gimnasia. Aquellas hazañas eran la salsa de la vida, lo que nos hacía hombres. Yo me había perdido las más importantes. Los de clase, los del barrio, todos, sonreían socarronamente a mi paso. Alguno llegó a cloquear. De no haber aceptado la correría nocturna hubiese sido el gallina. Estaba pagando las consecuencias: la muerte me rondaba. ¿Hay algo peor que la muerte? Sí: ser apartado de la banda, no pertenecer a nada. ¿Se puede evitar? La muerte, me refiero; el rechazo ya lo había evitado. La noche, muerta, me rodeaba. El silencio, la muerte de las palabras, me taladraba. Las almenas, inmóviles, yertas, me sostenían por un tiempo incierto, pero corto. Sonó un ruido sordo y animal. La única señal de vida a mi alrededor. Observé. Una cigüeña en su nido del campanario había crotorado. Entonces observé los diez, veinte, que sé yo cuántos nidos de aquellas aves. Aves de vida. En aquella mi niñez aún había padres que atribuían a las cigüeñas la procedencia de su prole.

Me daba igual que trajesen niños o no. Ellas eran lo único vivo a mi alrededor. Quise llamar su atención. Si había de morir que fuese al menos acompañado por un sonido reconfortante, vivo. No podía mover mis piernas, pero podía estirar los brazos. Conseguí desprender una piedra de la muralla y la arrojé hacia el nido. Acerté. Macho y hembra, soliviantados, abandonaron su hogar y pasaron a mi lado, crotorando, agitando sus alas, volando.

Lo que ocurrió a continuación nunca lo he sabido con certeza. Barrunto que estiré los brazos, atrapé algo oscuro y largo que se movía con fuerza y que me proporcionó el impulso suficiente para abalanzarme al frente. Mi cuerpo salió propulsado con la cabeza por delante, después el tronco, el resto del cuerpo ya no lo sentí. Al alba, el primer madrugador me divisó. Uno de los sostenes pétreos sostenía mi abdomen, el resto del cuerpo pendía a un lado y otro del saliente. El salto me había dejado colgado. El golpe, tal vez la tranquilidad de saber que en aquella posición podía aguantar muchas horas, me hizo perder la conciencia; o, simplemente, me dormí. Ni lo supe entonces ni lo sé ahora. Como tampoco supe ni sabré si lo que atrape al vuelo fue la extremidad de una cigüeña. Lo que sí sé, es que la catedral no me vio nacer, sino que me vio renacer. No nací esa noche, renací. Y fue una cigüeña la que me condujo a la vida, ya



sea porque me agarré a ella o porque su aliento me inculco el valor y el vigor necesario para saltar y renacer.

He sobrevivido a mis amigos. Jaime, Tomás, los otros, hace años que murieron. Soy un noventón y, como ven, conservo la cabeza. Existe una razón para mi longevidad y cordura: la cigüeña de la catedral que me vio renacer me brindó una segunda existencia que empezó desde cero el día del suceso que les cuento, acaecido cuando era un mocoso de doce años.

**Autor:**Julián Miranda; Banyoles, Girona. España. Relato inédito.

**Hiperespacio Andrómeda** [www.libroandromeda.com](http://www.libroandromeda.com)

-----

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

-----

**Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial:** El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.